tres monarquías. Inglaterra, dentro de los términos de su imperio, bajo una monarquía, ha realizado un tipo superior de democracia.

En su célebre discurso, el Libertador acierta con lo endeble y peligroso que el concepto democrático mal entendido ofrece a la mayoría inculta, cuando dice: «que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud, y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y no todos lo son; todos deben poseer talento, y no todos lo poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad, para que la educación, la industria, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia política y social.» De este modo enuncia el distingo esencial entre la igualdad de medios que la sociedad suministra a todos y la posibilidad funcional o final, extendida o limitada a la capacidad, a la aptitud, o al mérito de cada uno, tan magistralmente expuesto por José Enrique Rodó en su comentario maravilloso del símbolo shakespeariano.

Después de aconsejar el estudio de las instituciones inglesas, el libertador añade que «está muy lejos de proponer su imitación servil.» «Que no se pierdan—dice en otro pasaje—las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, Roma, Francia, Inglaterra y América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.» Por último, en otra parte advierte: «que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte: que más bien es un compuesto de Africa y América que una emancipación de la Europa; porque hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter.

Si el Libertador exageraba, por transigir con las violencias del medio, el toque de sombra del claroscuro, ya que España había cesado de ser una prolongación del Africa, de pertenecer al continente africano, para convertirse en europea desde su romanización, esto es, desde que trocó en propia sustancia, con las instituciones municipales y todo un orden administrativo perfecto, el espíritu de Roma, no se alejaba ni un ápice de la verdad al calificar de africana la sangre de los pueblos de la Península. Dice Oliveira Martins, el gran portugués y el primer crítico histórico de toda España, confirmando en esto las palabras del Libertador, como las investigaciones modernas y los progresos de la etnología vienen corroborando y fortaleciendo con fuerza de verosimilidad la hipótesis adelantada por los alemanes Leibnitz y Niebuhr del primitivo origen africano del ibero, de acuerdo con la cual, y mucho antes de la entrada a España de numerosos ejércitos bereberes en la época de la invasión árabe, mucho antes de la visita esporádica de ejemplares humanos del continente negro pasados a España con los fenicios, con los cartagineses, y en los ejércitos de Roma, antes o después de la invasión celta, la Península habría sido poblada en toda su extensión, con la Francia del Sur, las grandes islas del Mediterráneo e Italia, por una raza que, surgida del inagotable misterio del Asia, dejó a su paso por el Africa del Norte, entre otros pueblos parientes, hermanos o primos hermanos del ibero, al tuareg, al copta de Egipto y al berebere del Atlas. Contra algunas palabras del mismo Libertador en otro pasaje de su maravilloso discurso, que obedecen al genio hostil de aquel momento histórico, se sabe muy bien a qué raza, o subraza, o familia humana pertenecemos, de suerte que sólo a la ignorancia o mala fe es propicia esta fiesta de la raza para entregarse al torpe juego de fáciles caricaturas.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

(Concluirá en el número próximo).

La idea de la muerte

CON rara persistencia, el rumor público señalaba a mi amigo Sebastián Cordial, como autor de la muerte de su esposa.

Aquello era tanto más absurdo para mí, cuanto que yo me hospedaba en casa de Sebastián, con Ramírez, mi compañero de cuarto; habiendo aceptado las insinuaciones del dueño de casa en tal sentido, para aliviar discretamente su precaria situación. Por lo demás, las pensiones eran módicas.

Lo cierto es que si el matrimonio Cordial no resultaba un idilio, estaba a mucha mayor distancia de la ruptura. Creo que algo se había enfriado en verdad, desde que vino a menos con motivo de haber quebrado el esposo.

Esto era todo; pero vaya usted a desvanecer un rumor público.

La mujer de Sebastián había fallecido de aneurisma.

Tanta pena produjo esto en el pobre hombre, que desde aquella fúnebre data, cayó enfermo; Ramírez y yo teníamos que atenderle, pues la sirvienta se había marchado.

Un hecho nimio en apariencia, vino a infundirme, a los pocos días, la sospecha que daba pábulo al rumor público.

Los esposos, tenían un perro, bastante perezoso, bastante feo, pero mimado por la mujer que, careciendo de hijos, acabó por encariñarse con él. Este perro dormía en la alcoba conyugal. Olvidaba decir que era un can negro de los comunes, más bien pequeño. Ramírez y yo le profesábamos también algún afecto.

Desde que la esposa murió, el perro no había vuelto a penetrar en la alcoba. Permanecía el día entero hecho un ovillo en el fondo de la casa. Si nos acercábamos a él, tanto Sebastián como nosotros, nos hacía los agasajos de costumbre. A veces se levantaba como distraído, marchaba detrás de su amo. Pero invariablemente, unos cuantos metros antes de llegar a la alcoba, se volvía.

Sebastián acabó por caer en cama. Se puso grave. Ramírez y yo turnábamos para atenderle.

Una tarde de esas, miraba distraído al patio por la puerta semientornada, mientras Sebastián leía no sé qué. Ví de pronto que el perro avanzaba con su cabizbajo trotecillo habitual, hasta el sitio donde solía detenerse. Hízolo, en efecto, alzó la cabeza para mirarme y lo llamé. Volvióse sin hacerme caso. Entonces creí advertir una inquietud en el rostro del enfermo. En ese momento llegaba Ramírez.

Sebastián se puso muy malo. Una noche vino el médico y dió un triste pronóstico. Acudieron unos vagos parientes, sujetos hereditarios que nada podían esperar de aquel pobre. Se fueron a las diez. Ramírez y yo quedamos velando.

El enfermo dormía apacible. Entonces, de la casa solitaria, de aquella desolación vulgar, del silencio negro cuya evidencia exterior mortifica tanto cuando uno acompaña enfermos por la noche, nos vino de pronto la evidencia del enfermo.

—Creo que...—dijo Ramírez muy quedo, esbozando con un medio giro

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "